

EL PAÍS VASCO

EN qué país de España querrá usted vivir?

— Amo por igual á todas las regiones españolas. Castilla, allá dentro, sin poder ver el mar, según la pinta Maragall en su admirable himno (la poesía moderna en que más hondo espíritu de patriotismo palpita); Castilla, repito, con sus llanos, con sus parameras, con sus viejas ciudades, con sus palacios, con sus catedrales, me inspira una viva simpatía. Amo Cataluña, con sus cantos populares y también con sus montañas incomparables (esas montañas de las que ha dado una visión tan intensa la Sra. Albert en su soberbia novela «Solitut»). Amo Extremadura, tierra seca y fuerte, fuerte como su pintor Zurbarán y su héroe Hernán Cortés. Amo Levante con su cielo claro, sus almendros, sus laureles y sus cipreses. Amo Navarra y Aragón con su energía indomable. Amo Andalucía, con su melancolía vaga, sus crepúsculos de oro, sus canciones soñadoras y largas. Amo Galicia y Asturias con sus brumas y sus leyendas. Amo por igual, á toda España. Á veces en momentos de desesperanza, en momentos de honda crisis, de tristeza, parece que los ojos del espíritu se vuelven á otros países; diríase que quisiéramos que nuestra patria tuviese algo de lo que tienen las otras patrias más prósperas, más ricas y más felices; pero sentimos en lo más hondo de nuestro ser, que hay un ambiente, con rasgos indefinibles, algo supremo en nuestra patria que no hay en las demás y que no podrán ni debe ser borrado jamás. España debe ser tal como es, tal como la han formado la tradición, los siglos, y este ambiente, estas características, estos rasgos imborrables son los que hacen que la queramos más, que sea ella para nosotros lo que no podría ser si fuera de otra manera, si tuviera todo ese ambiente «europeo» que tantos espíritus, muchos de ellos bien intencionados, generosos, quisieran imponerle.

—Pero entre todas las tierras de España, ¿en cuál quisiera usted tener su asiento definitivo? ¿Cuál es la que como artista le atrae á usted más?

—Para quien ama por igual á España, á la patria íntegra y grande, es difícil contestar á esa pregunta. Un hombre que sienta así el patriotismo, sinceramente, sin artificios retóricos, no podrá fácilmente contestar á esa interrogación. Desde el punto de vista artístico, todas las regiones españolas no ofrecerán materia para nuestra obra. Sucederá con las regiones españolas que alternativamente, según nuestro capricho, según las ansias espirituales del momento, iremos de unas á otras, nos sentiremos bien un día en una y otro día en otra, y al cabo no sabremos decidir cuál es la que nos ha placido más. ¿Hay cosas más distintas que un pueblecillo andaluz y un pueblecillo vasco? Sin embargo, si yo reflexiono sobre mis recuerdos de viaje, veo que dos hondas sensaciones de mi vida, dos gratísimas «estancias» españolas, las he experimentado y pasado, una en Arcos de la Frontera (un pueblo edificado en la cuesta de un monte, con el Guadalete á los pies, con amplios é infinitos horizontes, con callejuelas claras y limpias) y otra en Oñate (noble y vetusta ciudad, con sus caserones venerables, con su antigua universidad, con una montaña á la vista, verde, de un verde obscuro, y un silencio y una paz profundos).

—Noto que en la enumeración que ha hecho usted al principio de las regiones españolas, se ha olvidado usted del país vasco. ¿No lo recuerda usted?

—Si me he olvidado de aquella admirable y noble tierra, había sido un olvido involuntario. Ya en lo que acabo de decir, refiriéndome a una de sus más interesantes ciudades, habrá visto usted que está aquel gran pueblo muy presente, muy metido en mi corazón. El país vasco tiene para mí una atracción profunda. Allí he pasado días, temporadas que me son muy gratas. Hay en Vasconia un ambiente que á mí me place en grado sumo.

Ante todo, aquel país está cubierto de una siempre verde vegetación. El cielo no es alto como en Castilla; los horizontes no son indefinidos, infinitos; se respira allí una intimidad, un recogimiento, una paz, un sosiego que hacen un bien profundo al espíritu. Cuando cierro los ojos y trato de representarme el país vasco, veo sus montañas llenas de bosque húmedo y verde, sus suaves praderas, sus casitas puestas en las altas vertientes, sus ríos anchos, claros y silenciosos, sus altos

caminitos por donde discurren lentamente las chirriantes carretas. El país vasco es una tierra apropiada para descansar. En ninguna parte se goza del descanso como allí y en ninguna región de España se puede trabajar en cosas del espíritu tan bien como en aquellos anchos y negruzcos caserones. En Castilla, vemos nobles é históricos palacios; pero los vemos en las ciudades, entre mil otras edificaciones, rodeados de casuchas y de barriadas pobres. En Vasconia los viejos palacios, los vetustos caserones tienen una vida propia y autónoma. Diríase que el fuerte individualismo vasco, la poderosa personalidad de aquel pueblo, se refleja en estas edificaciones. En la campiña, en un valle solitario, en un recuesto verde, poblado de árboles, es donde encontramos esos viejos y fuertes caserones de piedra, de sillares negruzcos, con sus blasones, con sus anchas ventanas que en Castilla sólo se levantan en las ciudades. Castilla en sus orbes admirables, históricas, llenas de arte y de leyendas, no tiene palacios y caserones vetustos tan grandes, severos y fuertes como estos que encontramos en la campiña vasca. ¿Qué hidalgos, qué nobles, qué señores antiguos, solitarios y poderosos edificaron estos palacios? ¿Qué existencia llevaban en estos caserones, muchos de ellos hoy ruinosos, frente á estos paisajes de quietud, de paz, de sosiego, rodeados de estas aterciopeladas praderías, contemplando un riachuelo claro y límpido que se desliza en lo hondo de una cañada arañada por el ramaje siempre verde?

Cuando el trabajo y los tráfigos de la vida cortesana cansan y enturbian mi espíritu, yo vuelvo la vista hacia este admirable país, y ambiciono el descanso, el descanso de unos días en uno de estos pueblecillos sosegados y minusculos, con horizontes no infinitos, como los de Castilla, sino limitados, cerrados por el panorama verde de las montañas, en un campo en que todo es verde: con un cielo bajo y dulce, en un ambiente de plácida calma, mirando cómo las blancas neblinas se desgarran en las arboledas lejanas, oyendo sin escuchar, absorto, perdido en los recuerdos, el eco de una larga tonada campesina.....

AZORÍN.
